Jornadas Humanísticas
Aula 30, Edificio Central, Universidad de Navarra
28 agosto 2008, 12.15 h.

El horizonte de la vida intelectual

Jaime Nubiola
jnubiola@unav.es

"Vivir es escribir"
F. Schlegel, *Sobre la filosofía* (1799)

En primer lugar deseo agradecer la afectuosa invitación de Miguel García-Valdecasas para impartir esta conferencia en vuestra visita a la Universidad de Navarra en el marco de las Jornadas Humanísticas de Torreciudad. Estoy encantado de hablaros hoy, pues estoy seguro de que tanto vosotros como yo podemos aprender algo en esta sesión.

Después de darle algunas vueltas al título elegido para mi conferencia, me pareció que en vez de improvisar unas palabras que ocuparan esta hora con más o menos entretenimiento para vosotros, lo mejor era tomarnos en serio la ocasión que se nos brindaba. Para conseguir eso, he echado mano en mi presentación de algunos parágrafos de mi libro *El taller de la filosofía* y he pedido que se os distribuyera el texto por escrito. Así además de irlo siguiendo mientras me escucháis a mí, os lo podéis llevar luego a casa para releerlo, bucear en la bibliografía que cito a pie de página o simplemente conservarlo como recuerdo.

Mi exposición de hoy pretende alentaros a escribir como clave de vuestra vida. Aspira a persuadiros de que si os empeñáis en aprender a escribir y a comunicar lo escrito con otros vuestra vida se expandirá de forma insospechada hasta llegar a ser verdaderamente una gozosa vida intelectual.

1. La escritura en la vida intelectual

El pensamiento es algo que a los seres humanos nos sale o nos pasa —como el pelo o la maduración sexual— independientemente de nuestra voluntad: no pensamos como queremos. Sin embargo, en el desarrollo del pensamiento tienen un papel muy relevante el entorno social, la lengua y el ambiente en el que acontece el crecimiento de cada una o de cada uno. El horizonte de la vida intelectual se ensancha mediante el estudio, la conversación, la lectura y el cine, pero en particular se enriquece mediante la escritura de aquellas cosas que a cada uno interesan o inquietan. La maduración personal puede lograrse indudablemente de muy diversas maneras. La que quiero alentar con mis palabras es el crecimiento en hondura, en creatividad y en transparencia que muchos estudiantes pueden ganar si se lanzan a expresar por escrito la reflexión sobre su propia vida.

Desde hace siglos la vida intelectual ha sido caracterizada como aquel tipo de vida en el que toda la actividad de la persona está conducida por el amor a la sabiduría, por el *amor sapientiae* renacentista, por la búsqueda de la verdad. Lo que más nos atrae a los seres humanos es aprender: "Todos los hombres por naturaleza anhelan saber", escribía Aristóteles en el arranque de su *Metafísica*. Como el aprender es actuación de la íntima espontaneidad y al mismo tiempo apertura a la realidad exterior y a los demás, la vida de quienes tienen esa aspiración a progresar en la comprensión de sí mismos y de la realidad, resulta de ordinario mucho más gozosa y rica. No hay crecimiento intelectual sin reflexión, y en la vida de muchas personas no hay reflexión si no se tropieza con fracasos, conflictos inesperados o

contradicciones personales. La primera regla de la razón —insistió Peirce una y otra vez— es "el deseo de aprender"; y en otro lugar escribía: "La vida de la ciencia está en el deseo de aprender"[1]. La experiencia universal muestra que quien desea aprender está dispuesto a cambiar, aunque el cambio a veces pueda resultar muy costoso.

El aprendiz progresa cuando centra su atención en tres zonas distintas de su actividad: espontaneidad, reflexión y corazón. Están las tres íntimamente imbricadas entre sí. Quizás esto se advierte mejor en su formulación verbal activa: decir lo que pensamos (espontaneidad), pensar lo que vivimos (reflexión), vivir lo que decimos (corazón). Esas tres áreas pueden ser entendidas como tres ejes o coordenadas del crecimiento personal. Podrían denominarse también *asertividad*, que es el trabajo sobre uno mismo para ganar en protagonismo del propio vivir: es independencia afirmativa, confianza en las propias fuerzas, conocimiento de la potencia del propio esfuerzo; *creatividad*, que es el esfuerzo por reflexionar, por escribir, por fomentar la imaginación, por cultivar la "espontaneidad ilustrada": lleva a convertir el propio vivir en obra de arte; y *corazón*, que es la ilusión apasionada por forjar relaciones comunicativas con los demás, para acompañarles, para ayudarles y sobre todo para aprender de ellos: el corazón es la capacidad de establecer relaciones afectivas con quienes nos rodean, relaciones que tiren de ellos —¡y de nosotros!— para arriba.

La espontaneidad es la esencia de la vida intelectual[2]; requiere búsqueda, esfuerzo por vivir, por pensar y expresarse con autenticidad. "Hay sólo un único medio —escribirá Rilke al joven poeta—. Entre en usted. (...) Excave en sí mismo, en busca de una respuesta profunda"[3]. La fuente de la originalidad es siempre la autenticidad del propio vivir. La subjetividad confiere vida a los signos y confiere significatividad a la expresión del pensar. Transferir la responsabilidad del vivir y el pensar a otros, sean estos autoridad, sean los medios de comunicación social que difunden pautas de vida estereotipadas, puede resultar cómodo, pero es del todo opuesto al estilo propio de quien quiere dedicarse a una vida intelectual. Como escribió Gilson, "la vida intelectual es *intelectual* porque es conocimiento, pero es *vida* porque es amor"[4]. Transferir a otros las riendas del vivir, del pensar o del expresarse equivaldría a renunciar a esa vida intelectual, a encorsetar o fosilizar el vivir y a cegar la fuente de la expresión.

Quizá cada persona pueda progresar en esas coordenadas por sendas muy diversas, pero el camino que recomiendo a los jóvenes es el de la escritura personal. Cuando los estudiantes se empeñan en escribir se transforman en artistas —o al menos en artesanos— porque descubren que el corazón de su razón es la propia imaginación. La espontaneidad buscada con esfuerzo se traduce en creatividad, y la creatividad llega a ser el fruto mejor de la exploración y transformación del propio estilo de pensar y de vivir[5], del modo de expresarse y de relacionarse comunicativamente con los demás.

2. Aprender a escribir

La primera etapa para aprender a escribir —que dura toda la vida, aunque evoluciona en sus temas y en intensidad— consiste básicamente en coleccionar aquellos textos breves

---

[1] PEIRCE, C. S. (1936-58) *CP* 1.135 (c.1889) y *CP* 1.235 (c.1902), en *Collected Papers of Charles S. Peirce*, HARTSHORNE, C., WEISS, P. y BURKS, A. W. (eds.), (Harvard University Press, Cambridge, MA).

[2] ANDERSON, D. (1987) *Creativity and the Philosophy of C. S. Peirce*, p. 6 (Dordrecht, Nijhoff).

[3] RILKE, R. M. (1980) *Cartas a un joven poeta*, pp. 24-25 (Madrid, Alianza).

[4] GILSON, E. (1974). *El amor a la sabiduría*, p. 5 (Caracas, AYSE).

[5] BODEN, M. (1994) Agents and Creativity, p. 119, *Communications of the ACM*, 37.

que al leerlos —por primera o por duodécima vez— nos han dado la punzante impresión de que estaban escritos para uno. A veces se trata de una frase suelta de una conversación o de una clase, o incluso un anuncio publicitario o cosa parecida; otras veces se trata de fragmentos literarios o filosóficos que nos han cautivado porque nos parecían verdaderos sobre nosotros mismos. Lo decisivo no es que sean textos considerados "importantes", sino que nos hayan llegado al fondo del corazón. Después hay que leerlos muchas veces. Con su repetida lectura esos textos se ensanchan, y nuestra comprensión y nosotros mismos crecemos con ello.

Lo más práctico es anotar esos textos a mano, sin preocupación excesiva por su literalidad, pero sí indicando la fuente para poder encontrar en el futuro el texto original si lo necesitamos. Es importante huir del academicismo, huir de los temas "importantes" académicamente y centrarse en los temas que realmente a cada uno más le importen: las relaciones afectivas, el estilo de vida, el desarrollo de las propias cualidades, las discusiones a nuestro alrededor, los conflictos en los que nos vemos involucrados, las aficiones; en resumen, todos aquellos temas que nos afectan y que queremos comprender con más claridad. Esas colecciones de textos en torno a los temas que nos interesan, leídas y releídas una y otra vez, pensadas muchas veces, permiten que cuando uno quiera ponerse a escribir el punto de partida no sea una estremecedora página en blanco, sino todo ese conjunto abigarrado de anotaciones, consideraciones personales, imágenes y metáforas. La escritura no partirá de la nada, sino que será la continuación natural, la expansión creativa de las anotaciones y reflexiones precedentes. La escritura será muchas veces simplemente poner en orden aquellos textos, pasar a limpio —y si fuera posible, hermosamente— la reflexión madurada durante mucho tiempo.

El "ábrete sésamo" de la escritura se encuentra muy probablemente en la imaginación (en su exploración y en su explotación), de forma que se vuelque en la escritura literaria o en el desarrollo efectivo de la capacidad de compartir ese manojo de ideas, afectos y sentimientos que cada uno es. De un lado, están las imágenes pasadas que constituyen nuestra memoria biográfica. Recuérdese el maravilloso consejo de Rilke al joven poeta: "... sálvese de los temas generales y vuélvase a los que le ofrece su propia vida cotidiana; describa sus melancolías y deseos, los pensamientos fugaces y la fe en alguna belleza; descríbalo todo con sinceridad interior, tranquila, humilde, y use, para expresarlo, las cosas de su ambiente, las imágenes de sus sueños y los objetos de su recuerdo. Si su vida cotidiana le parece pobre no se queje de ella (...) Y aunque estuviera usted en una cárcel cuyas paredes no dejaran llegar a los sentidos ninguno de los rumores del mundo, ¿no seguiría teniendo siempre su infancia, esa riqueza preciosa, regia, el tesoro de los recuerdos? Vuelva ahí su atención"[6]. Mediante la escritura puede ganarse además el control expresivo de zonas de la memoria o de los afectos que a veces no se sabe cómo compartir porque no se ha trabajado lo suficiente sobre su forma adecuada de expresión. Los seres humanos necesitamos contar nuestra vida a los demás, pero como muchas veces no sabemos contarla, aprendemos a hacerlo escribiéndola. Así se enriquece la propia biografía con recursos expresivos que permiten compartirla con otros.

En otros casos, más que la propia biografía, lo más interesante son quizá las imágenes del futuro, los proyectos, los sueños, los anhelos más profundos: ¿qué me gustaría hacer a los cuarenta años?, ¿qué me veo siendo o haciendo a esa edad? Este es un campo magnífico para comenzar a escribir, para descubrir el valor de la escritura como articulación creativa de sentir y pensar. Además proporciona pistas bastante fiables para acertar en la orientación profesional.

---

[6] RILKE, R. (1980) *Cartas a un joven poeta*, pp. 25-26

3. Comenzar a escribir

De hecho el problema que de una manera u otra más aflige a la mayor parte de nuestros estudiantes es la soledad, y la solución de la soledad se encuentra siempre en la confiada comunicación con otras personas[7]. Resulta indispensable aprender a compartir afectos, intereses, tareas, aficiones o inquietudes hasta el punto de que los respectivos relatos biográficos se fundan en algunos tramos confiriéndose recíproco sentido: eso es la amistad y las demás formas de relación afectuosa entre los seres humanos.

Una experiencia prácticamente universal es que ayuda bastante a comprender un problema, sea de la naturaleza que sea, intentar describirlo de forma sumaria por escrito. Por de pronto, describir por escrito el problema en el que uno está metido alivia mucho la tensión interior. Además, muy a menudo, una buena descripción del problema suele sugerir ya las vías de su posible solución. Esto es así en muchas áreas técnicas, pero en especial suele ser de extraordinaria eficacia en el riquísimo y complejo mundo de las relaciones personales. Ante una situación de incomunicación, de incomprensión o de malentendidos en el ámbito profesional, familiar o social, la descripción por escrito de ese problema nos ayuda a comprenderlo mucho mejor, y sobre todo a entender el papel de uno mismo en esa situación. Escribiéndolo ya no es el problema el que nos domina, sino que somos nosotros quienes al plasmarlo sobre el papel, lo delimitamos y lo hacemos manejable. Hay algo, quizás inconsciente, que nos sugiere que si puede ser escrito, puede ser controlado. Y, aunque el problema continúe sin solución, nos parece menos problemático y nos resulta más fácil comenzar a buscar el modo de resolverlo. Los psicólogos recomiendan a veces esta técnica empleando para ella el término de "grafoterapia".

Para aprender a escribir lo único indispensable es escribir mucho; con la paciencia infinita de un buey[8], pero también con su tenacidad y constancia: una palabra detrás de otra. Para escribir bien lo más importante es escribir despacio y corregir mucho lo escrito. Como la escritura es expresión de la propia interioridad no puede hacerse con prisas, de forma apresurada.

Para quienes necesitan escribir y no saben qué o no tienen dónde, puede resultar un buen espacio creativo el llevar algo así como un diario. La expresión romana *Nulla dies sine linea*, empleada en su ex libris por Viollet-le-Duc como invitación a dibujar cada día, puede animar también a quienes aspiren a desarrollar sus hábitos literarios. Se trata de un género en desuso y poco cultivado en España. Resulta de muy escaso interés el registro pormenorizado de los incidentes cotidianos, pero en cambio puede facilitar mucho la creatividad personal el tener una libreta en la que uno vaya anotando sus reflexiones u ocurrencias casuales, una detrás de otra, sin más título que la fecha del día en que las escribe. Un diario así no ha de tener el carácter de un registro íntimo, sino más bien una cierta pretensión literaria. Su redacción ha de estar movida por un esfuerzo creativo y comunicativo que permitiera, si llegara el caso, su lectura por otros. Quizás el mejor ejemplo contemporáneo español sean los diarios de Andrés Trapiello: "Lo difícil es escribir un diario que sirva para dentro y para afuera al mismo tiempo. Es decir, lo difícil es llevar una vida, de pensamiento y de obra, en la que pudiera entrar cualquiera a cualquier hora del día, como en aquellas casas de pueblo de

---

[7] MIJUSKOVIC, B. (1995) Some Reflections on Philosophical Counseling and Psychotherapy, p. 85, en LAHAV, R. y TILLMANNS, M. (eds.) *Essays on Philosophical Counseling* (Lanham, ML, University Press of America).

[8] VAN GOGH, V. (1992) *Cartas a Théo*, p. 109 (Barcelona, Labor).

nuestra infancia. Un vida en la que uno se condujera en público como si fuera en privado y en privado como si estuvieran pendientes de uno media docena de jueces estrictos"[9]. Ya Séneca en el siglo I recomendaba ese estilo de vida: "Considérate feliz cuando puedas vivir a la vista de todos"[10].

Resulta muy práctico también aprovechar las ocasiones que brinda la vida de relación social para aficionarse a escribir cartas, correos electrónicos, mensajes en *Facebook* o sms. Los escritores —que de ordinario vamos mendigando lectores— tenemos en el género epistolar un campo privilegiado de trabajo. Cada carta o mensaje que se escribe es una estupenda ocasión de disfrutar tratando de producir un texto en el que se articulen, si fuera posible hermosamente, experiencias y razones. Lo importante es no dejarse arrastrar por las prisas y empeñarse en no decir tonterías.

Además de lo que se escriba por gusto, las circunstancias profesionales o sociales obligan con frecuencia a escribir "de encargo", por obligación: desde la biografía breve que se pide en una solicitud hasta el resumen de un proyecto o un trabajo académico necesario para la superación de una asignatura. Vale la pena tratar de convertir cada uno de esos encargos en una pequeña obra de arte, al menos en una obra del mejor arte del que cada uno sea capaz dentro del tiempo disponible en cada caso.

4. Leer siempre

Quien no sea capaz de escribir debe concentrar primero su atención en leer: "Gástese la primera estancia del bello vivir en hablar con los muertos; nacemos para saber, y los libros con fidelidad nos hacen personas"[11]. Así escribe Gracián. Y un escritor contemporáneo, como haciéndose eco de aquel dicho, añade: "Si quieres ser escritor, tienes que vivir, primero, mucho tiempo con los muertos. Y, después, guardar silencio muchos años. O siempre. Ya verás"[12].

La lectura resulta del todo indispensable en una vida intelectual: "Leemos para vivir"[13]. La literatura es la mejor manera de educar la imaginación; es también muchas veces un buen modo de aprender a escribir de la mano de los autores clásicos y de los grandes escritores y resulta siempre una fuente riquísima de sugerencias. No importa que lo que leamos no sean las cumbres de la literatura universal, basta con que atraiga nuestra imaginación y disfrutemos leyendo. Para llegar a disfrutar con los clásicos se requiere mucho entrenamiento, mucha lectura previa, como pasa con la música clásica, por no decir con las óperas de Wagner o la música dodecafónica. Todos los grandes filósofos contemporáneos se han educado leyendo a Julio Verne, Emilio Salgari, Karl May, Rudyard Kipling o Robert Stevenson.

Como explica en *Tierras de penumbra* el estudiante pobre, descubierto robando un libro en Blackwell, "leemos para comprobar que no estamos solos". Hace falta una peculiar sintonía entre autor y lector, pues un libro es siempre "un puente entre el alma de un escritor y

---

[9] TRAPIELLO, A. (1993) *Locuras sin fundamento*, p. 146 (Valencia, Pre-Textos).
[10] SÉNECA, (1995) *Epístolas a Lucilio*, 43.3, p. 37 (Barcelona, Península).
[11] GRACIÁN, B. (1995) *Oráculo manual*, p. 229 (Madrid, Cátedra).
[12] JIMÉNEZ LOZANO, J. (1993) *La boda de Angela*, p. 72 (Barcelona, Seix & Barral)
[13] GOPEGUI, B. (1995) "El otro lado de este mundo", *Babelia* 27 mayo, p. 2.

la sensibilidad de un lector"[14]. Por eso no tiene ningún sentido torturarse leyendo libros que no atraigan nuestra atención, ni obligarse a terminar un libro por el simple motivo de que lo hemos comenzado. Resulta contraproducente. Hay millares de libros buenísimos que no tendremos tiempo de llegar a leer en toda nuestra vida por muy prolongada que ésta sea. Por eso recomiendo siempre dejar la lectura de un libro que a la página treinta no nos haya cautivado. Hay autores que resultan verdaderamente insoportables por famosos o "importantes" que sean. La causa de que nos aburran puede ser quizá nuestra falta de preparación, pero en todo caso es señal de que no debemos seguir con él.

¿Qué libros leer? Aquellos que nos apetezcan por la razón que sea. Un buen motivo para leer un libro concreto es que le haya gustado a alguien a quien apreciemos y nos lo haya recomendado. Otra buena razón es la de haber leído antes con gusto algún otro libro del mismo autor y haber percibido esa sintonía. Conforme se leen más libros de un autor, de una época o de una materia determinada, se gana una mayor familiaridad con ese entorno que permite incluso disfrutar más, hasta que llega un momento que sustituimos ese foco de interés por otro totalmente nuevo. Quien no sepa qué leer puede consultar la *web* de libros que hemos preparado con una colega: http://www.unav.es/users/LecturasRecomendables.html

¿En qué orden leer? Sin ningún orden. Basta con tener los libros apilados en un montón o en una lista para irlos leyendo uno detrás de otro, de forma que no leamos más de dos o tres libros a la vez. Está bien el tener un plan de lecturas, pero sin obsesionarse, porque se trata de leer sin más lo que a uno le guste y porque le guste. Al final eso deja un poso, aunque parezca que uno no se acuerda de nada. Yo suelo dar prioridad a los libros más cortos, eso favorece además la impresión subjetiva de que uno va progresando en sus lecturas. Otras personas gustan de alternar un libro largo con uno corto. Depende también del tiempo de que uno disponga, pero hay que ir siempre a todas partes con el libro que estemos leyendo para así aprovechar las esperas y los tiempos muertos.

¿Cómo leer? Yo recomiendo siempre leer con un lápiz en la mano, o en el bolsillo, para hacer una pequeña raya al margen de aquel pasaje o aquella expresión con la que hemos "enganchado" y nos gustaría anotar o fotocopiar, y también llevar dentro del libro una octavilla que nos sirva de punto y en la que vayamos anotando los números de esas páginas que hemos señalado, alguna palabra que queramos buscar en el diccionario, o aquella reflexión o idea que nos ha sugerido la lectura. "El intelectual es, sencillamente, —escribía Steiner— un ser humano que cuando lee un libro tiene un lápiz en la mano"[15].

5. Conclusión

Para comenzar a escribir basta con querer hacerlo. Quien no sepa escribir o no tenga quien le lea que me envíe un *e-mail* (jnubiola@unav.es). Escribir es la manera de aclararnos, de poner en claro nuestro pensamiento, de pasar a limpio lo pensado y, en última instancia, de ser protagonista de la propia vida. Ese es —me parece— el reto más importante para el estudiante de hoy.

---

[14] AMORÓS, A. (1995) "Leer humaniza", *Vela Mayor* 2, pp. 30.

[15] STEINER, G. (1997) "El lector infrecuente", *ABC Literario*, 3 octubre, p. 19.